

José Dávila, se retiró violentamente al castillo de San Juan de Ulúa, esperando recibir allí refuerzos, si se intentaba la reconquista. Como Dávila era amado en Veracruz, y él por su parte tenía simpatías á un pueblo en que vivió tanto tiempo, dando muestras de su honradez, su presencia en la fortaleza dominante, mas que temor inspiraba cierta confianza, que en dos años no fué desmerecida, ni desmentida.

En ellos continuó esta situación, hasta cierto punto anómala, porque á las dos fuerzas enemigas no las separaba mas que una milla corta de distancia, y aunque se trataban con reserva, no por eso se hostilizaban de modo alguno. Los habitantes de las costas visitaban al castillo y proveían á su guarnicion de víveres frescos, á la vez que ella se sostenía cómodamente con el producto de los derechos que se cobraban á los buques, sin perjuicio de los que tambien pagaban á las autoridades de la ciudad. Dávila, uno de esos rancios españoles que todo lo esperan, aunque no todo lo puedan, instaba incesantemente al capitán-general de la isla de Cuba, y aún á la córte, para que se enviaran expediciones reconquistadoras, soñando, á pesar de sus crecidos años, que la suerte lo destinaba á ser un segundo Hernán Cortés en la Nueva-España. Tan tenaz era su fidelidad á su nacion y á su rey, que intentó la seducción por medio de una carta al mismo general Iturbide, en los momentos en que mas embriagado se hallaba con los aplausos unánimes que tanto merecía por el éxito feliz de la independencia. El castellano Dávila, no fué extraño á la intentona de los cuerpos expedicionarios, castigada gloriosamente en los campos de Juchi por el general D. Anastasio Bustamante. En el año de 1822, cayó Dávila en el lazo que tan astutamente le tendió el brigadier Santa-Anna, comandante general de la provincia de Veracruz, persuadiéndole que se le franquearía el acceso á la ciudad; y habiendo mandado para ocuparla á una respetable fuerza, la mayor parte de ella fué hecha prisionera, recibiendo un severo castigo por su arrojó y por su credulidad. Dávila, por única represalia, arrojó algunos tiros sobre la ciudad, que causaron mayor espanto que daño en los vecinos. El gobernador volvió á su antigua inacción, y ella prestó sin duda mérito para su relevo.

El brigadier de ingenieros D. Francisco Lemaury fué nombrado para sucederle en principios del año de 1823, y se estrenó impartiendo auxilios de municiones á la guarnicion pronunciada contra Iturbide en Veracruz. Apenas llegó el general Echávarri con sus tropas á sitiar á la ciudad, é informado de su origen español, abrió con él comunicaciones, que presto pasaron á confidencias, por medio del otro español D. Gregorio Arana, urdiéndose así la negra traicion de que fué producto el plan de Casamata. Cuando la historia escudriñe el móvil de los sucesos mas importantes de nuestro suelo, recomendará á la posteridad, como si fuera una extraña paradoja, que un general español, arrinconado en un palmo de tierra, hubiera podido comprometer á varios generales, y tres mil soldados mexicanos, que portaban laureles frescos todavía por la conquista

de la independencia, para que castigaran en su autor, no su subida al trono, sino el que hubiera desquijarado al leon y roto con el brazo vigoroso de Hércules, la cadena que ataba á sus enfáticas columnas á un imperio mas rico y mas estenso que la celebrada Hesperia. El general Santa-Anna proclamando á la república, obró por esa secreta inspiracion que lo arrebató siempre hácia lo grande y lo heróico, y Echávarri... no puede decirse mas, porque avergonzado, arrepentido y abandonado de todos, fué á morir en Filadelfia, en los brazos de la generosa viuda de su amigo, de su bienhechor, á quien cruelmente arrojó desde el sόlio hasta el humilde sepulcro de Padilla.

Lemaury, cuando ménos se recelaba, arrojó sobre la ciudad una lluvia de balas y de bombas, con la fria crueldad con que el mas inmundo de todos los Césares se divertía desde lo alto de una colina con el incendio y destruccion de Roma. Parecióle, sin duda, que habiéndose inaugurado el dominio español en el territorio de México, con escenas de sangre y de devastacion, era consiguiente que al desenlazarse el drama al cabo de tres centurias, el bronce y el fuego señalaran la época en que, para no alzarse otra vez, se abatió el pendon de Castilla. Tal resolucion, no pudo venir de otro estímulo que del innoble de la venganza; porque disponiendo el general español de escasas fuerzas, ni aun podia lisongearlo la esperanza de enseñorearse de las ruinas y escombros de la heróica Veracruz. Esa ciudad, por tantos títulos ilustre, vió iniciar entónces la larga serie de infortunios que le alcanzan, ántes y mas que á ninguna otra poblacion de la república, en todas nuestras guerras estrangeras. Ancianos y niños, las señoras mas respetables, la parte mas desvalida del pueblo, vagaban todos por el campo, sin auxilios, sin amparo, sufriendo las mas duras, las mas dolorosas privaciones. Rotas así las hostilidades, el gobierno mexicano mandó cerrar el puerto de Veracruz y abrir el de Alvarado, á donde pasó el comercio, sin que la guarnicion de Ulúa pudiera ya cubrir su presupuesto con las rentas de su aduana, porque esta quedó enteramente anulada, siendo para los españoles no pequeño castigo tener que cubrir los cuantiosos gastos de la fortaleza, con el erario de la isla de Cuba.

Los generales Victoria, Santa-Anna y Barragan, las tropas que mandaron y la juventud veracruzana, acreditaron ese valor denodado, que hoy ponen en duda hombres ligeros ó malvados, para rebajar los quilates del carácter mexicano. La guarnicion volvía tiro por tiro al castillo, y cercada de ruinas, mantenía ese espíritu guerrero que tanto recomienda á nuestros soldados. Dos años de bombardeo, mas ó ménos vivo, habrían hecho célebre á cualquiera plaza de Europa que lo hubiera sufrido. Mas á los mexicanos se les regatean todas las glorias, á la vez que se les prodiga la infamia y la ignominia.

En el año de 1824 muchos rumores hubo de que una expedicion española se acercaba á nuestras costas, y el gobierno les dió tanto crédito, que no dudó anunciarlo al congreso. No vinieron sin embargo mas que quinientos hom-

bres, en relevo de los que diezmaba todos los días el clima mortífero del Seno Mexicano. De tiempo en tiempo se reproducían iguales alarmas, aunque sin fundamento alguno, porque entretenido el gobierno español con sus cercanas querellas, no podía pensar en serios esfuerzos para la reconquista de un país, satisfecho de su independencia.

El general Barragan, con la decisión y actividad propias de su genio, cortó todas las relaciones de la costa con la fortaleza, la estrechó por mar y por tierra, hasta reducirla al estado de la última desesperación. Como á los soldados valientes y leales, aunque sean enemigos, es debida la confesión de su gloria, será pequeño todo elogio que se tribute al puñado de españoles, que encerrados en una milla de tierra amurallada, dieron á conocer que eran descendientes de los fieros defensores de Sagunto y de Numancia.

En Agosto de 1825, la guarnición de Ulúa apenas constaba de cuatrocientos hombres, muertos de hambre, lacerados de miseria, heridos todos los días por la peste, que multiplicaba sus víctimas en el lugar mismo desde donde divisó Cortés, tres siglos ántes, una corona de laureles inmarcesibles sobre la nevada cumbre del Citlaltepétl. Y Barragan, demasiado avisado era para no sacar un partido decisivo de tan crítica situación.

El general D. José Copínger había reemplazado á Lemaux, y por su humano comportamiento, era merecedor de otra suerte que la que el destino le preparaba. Cuando Barragan le intimó que se rindiera, fué su respuesta noble, porque aplazó su contestación para el extremo caso en que no fuera socorrido.

La escuadrilla mexicana, que Barragan con tanto esmero había aumentado y guarnicionado, se hallaba mandada por el capitán de fragata D. Pedro Saenz de Baranda, oficial de valor y de mucha instrucción. El medio indefectible para hacer sucumbir á la fortaleza, era el de impedir que entraran en ella tropas y víveres de refresco; y nuestros buques, orgullosos con portar la insignia tricolor, estuvieron preparados para batirse con la escuadra española, fuera superior ó igual en fuerza.

El gobierno para ausiliar eficazmente á Barragan, dispuso que bajara con amplias facultades á la ciudad de Veracruz, el secretario de hacienda D. José Ignacio Esteva. Sin rebajar en un ápice el mérito sobresaliente del general Barragan, sobre cuya tumba descuella con justicia el blason de Ulúa, no puede negarse que Esteva ganó también prez y honor, allanando dificultades, apurando arbitrios y marcando por todas partes las huellas del genio, inspirado por el patriotismo. Los partidos, tan mezquinos siempre, proyectaron crear rivalidades entre los dos, como si á los que sirven bien á la patria, les fuera provechoso usurpar la gloria ajena.

La escuadrilla mexicana presentó combate á la española; mas el jefe de esta, convencido de la inferioridad de sus fuerzas é ignorando los apuros del castillo, la hizo á la vela, lo que obligó á Copínger á tratar de capitulación, en la que

obtuvo condiciones ventajosas, porque al valiente cuando se le vence, no se le humilla. En el 15 de Septiembre, día de gratos recuerdos para los mexicanos, ocuparon nuestras tropas la fortaleza y se enarboló en ella el pabellón tricolor, condenado á sufrir allí mismo mas adelante grandes ultrajes. El patriota general Victoria, muy gozoso de que su administración hubiera dado cima á la costosa empresa de lanzar á los antiguos dominadores de todo nuestro territorio, condujo al magnífico santuario de María Santísima de Guadalupe, las últimas banderas que amenazaban con la vuelta del imperio español. ¡Días felices, pero escasos, en que todavía brillaba el sol de la patria!

En Agosto de este año se estableció en la ciudad de México una ruidosa secta política, con el nombre y apariencias de secta masónica, bajo el antiguo rito de York.

Como el pensamiento de fundarla fué exclusivamente de D. Lorenzo Zavala, apesar de su empeño en atribuir la paternidad de tan monstruoso engendro, á su compatriota D. José María Alpuche é Infante, y como además facilitó todos los medios para su realización, útil será anticipar rasgos que puedan servir para conocer la fisonomía del célebre yucateco.

Zavala perteneció á la escuela de D. Pablo Moreno, uno de esos talentos colosales que en raros tiempos se presentan en el mundo, para adelantar los conocimientos y perfeccionar al espíritu humano. Moreno hizo á este discípulo el favorito en sus lecciones, porque descubrió en él extraordinaria comprensión, muy buena memoria y la aplicación correspondiente. Formado así en los principios filosóficos de la época, muy presto manifestó Zavala su adhesión á la independencia americana, y como se espesaba sin embozo y ganaba prosélitos, fué condenado á una larga prisión en la fortaleza de Ulúa, lo que será siempre para su fama un título de gloria. Los acontecimientos de España de 1820 le abrieron no solo las puertas de su cárcel, sino también las de los honores y distinciones, pues que fué electo para representar á su provincia en las cortes españolas.

Trasladado Zavala á un teatro mas amplio en que pudiera lucir sus innegables dotes intelectuales, sobresalió en el congreso por su facundia y por sus ideas liberales; notándose, sin embargo, que no era muy consumado su juicio todavía, ni muy sólida y estensa su instrucción. Ciertamente es que no desmintió su afecto á la independencia; mas en España acogió con entusiasmo el proyecto de monarquizar á las Américas con príncipes de real estirpe, y aun tuvo parte en algunas intrigas, cuyo objeto era trasladar furtivamente á México á uno de los infantes de España. Terminada su misión, se dirigió á París, donde fué el actor principal en una de las escenas mas cómicas que pueden haber tenido lugar en el teatro demasiado serio del mundo político.

Se hallaba en aquella capital el Sr. Manzilla, conde de Moctezuma, grande de España y ex-corregidor de la coronada villa de Madrid, y vino á las mien-

tes de Zavala aprovecharse de su candor para sacar sus gastos de viage, proveerse de libros y de otras cosas precisas. Ausiliado activamente por el festivo clérigo D. Joaquin Carrera, y por algunos otros mexicanos, metió en la pobre cabeza de Manzilla, que con solo querer podía restaurar en su persona la monarquía de sus mayores, à pesar de que el conde era tan indio como Zavala judío ó musulman. Llevaron tan adelante la farsa, que el improvisado Moctezuma III, fuè instalado emperador en la sala de un hotel, nombró su ministro universal à Zavala, vicario general castrense al padre Carrera, y concedió otros empleos y honores no solamente à los actores, sino hasta à los mites en la burlesca representacion, de que debia ser la única víctima. Instruido el Sr. Ramos Arizpe de estos peligrosos juegos del moderno Maese Pedro, y receloso de que tan desatinado proyecto pudiera servir en su país de nuevo elemento de anarquía, puso en conocimiento de lo que pasaba al embajador español en Paris, quien diò cuenta de todo à su corte, siendo el resultado que al infeliz conde se le privara de sus títulos, se le embargaran sus posesiones en la península, y se le estrañara de los dominios de España. Manzilla residió algunos años en la ciudad de Nueva-Orleans, y en ella murió despreciado, abatido y pobre. Si el fecundo Moliere viviera en nuestros tiempos, hè aquí un asunto en que hubiera empleado sus sales cómicas, acaso con mejor écsito que en su inimitable *Hipócrita*.

Zavala regresó à su país, ofreciendo al conde prepararle los caminos como un nuevo precursor, y nada le cumplió, porque demasiado bien sabia que nada le podia cumplir. Yucatan, que habia identificado su suerte con la de México independiente, al enviar sus diputados al primer congreso, escogió à Zavala, que era ya uno de sus hijos predilectos, por el merecido crédito de su ingenio y de su patriotismo. El representante yucateco, que estimaba en todo su valor el beneficio de la independenciam, se aficionó à su inmortal autor, cuyos modales é imponderable gracia de conversacion lo habian cautivado. Zavala en las primeras y tormentosas sesiones del congreso, fuè consecuente al Sr. Iturbide, quien le diò colocacion en esa Junta llamada instituyente, que tanto se asemejaba al consejo de los quinientos, mutilado y disuelto por Napoleon despues del 18 Brumario. Esa anómala reunion, muy formalmente se considerò depositaria de la soberanía nacional, y aun pensó en dictar à los pueblos una constitucion provisional; proyecto combatido justamente por Zavala, quien insensiblemente se fuè pasando à las filas de la oposicion. Su claro talento no consentía que tolerara absurdos; y absurdos fueron los últimos consejos del gabinete que tan torpemente se habia conducido al asomar la revolueion. Zavala, por cuya mocion fueron decretados los títulos de príncipes y de princesas à los miembros de la familia del emperador, lo abandonó en su desgracia, votó su destitucion, y mas adelante concurrió à su ruina, uniendo su sufragio à los de los que aprobaron la ley de su proscripcion.

Reelecto Zavala para el segundo congreso, obró ya sin compromiso alguno y pudo ostentar opiniones republicanas, que eran las que realmente profesaba. Su escogida y constante lectura, adelantaba rápidamente sus conocimientos, y fuè acaso el primero que en nuestras asambleas diò muestra de haber comprendido la importancia de establecer el crédito de la nacion sobre bases fijas, claras é indestructibles. Como representante de Yucatan, no podia ser de los opositores al sistema federal, que à ese Estado, mas que à algun otro conviene, por circunstancias peculiares, y por haber disfrutado en la administracion colonial de un gobierno independiente del de Nueva-España. En las discusiones que precedieron à la sancion de las leyes fundamentales, impugnó con severidad las que juzgó anomalias; observaciones que cuidò de reproducir en su *Ensayo histórico de nuestras revoluciones*. Como escribia con buena lògica y agradable fluidez, mereció que se le encomendara la redaccion del discurso preliminar de la constitucion de 1824.

Nombrado senador con arreglo à sus disposiciones, avanzó mas y mas en reputacion y justamente comenzó à colocarse entre los mexicanos mas sobresalientes en instruccion y en doctrina. Los ministros le temian por sus cáusticas interpelaciones; y à veces parecia que él los despreciaba porque su espíritu no era tan filosófico como el suyo.

El carácter de Zavala es indefinible, porque hablando con propiedad, carecia de un carácter conocido; y de su misma versatilidad nació ese conjunto de acciones buenas y malas, que formaron tal contraste, que dificilmente se concibe cómo procedian de un mismo individuo. Su imaginacion era viva como fuè ardiente la del Dante, y sin embargo fuè su talento tan adecuado para el cálculo como el del sublime Newton. Los dos principios, el del bien y el del mal, se hallaban como connaturalizados en su alma, y viviendo en perpetua contradiccion consigo mismo, no es así estraño que bajara del alto rango de patriarca de la independenciam, al miserable de faccioso de Tèjas, resistiéndose dolorosamente la pluma à nombrarlo traidor.

Al Sr. Victoria le chocaban los hombres turbulentos, y era imposible por esta circunstancia, que Zavala esperara ser alguna vez llamado para el gabinete.

Como él sentia su superioridad, y estaba ya cansado de la representacion pasiva de un senador, discurrió que el medio mas seguro de figurar en primer término y de imponer al gobierno, era el de organizar el partido mas popular, con las reglas de una secta masónica; provechoso arbitrio de que à su vista se habian servido los anarquistas de España. Mr. Poinsett le ofreció la regularizacion de las logias y ambos pusieron en ejercicio, para lograr que los ministros secundaran la empresa, la brusca actividad del senador Alpuche.

El Sr. Victoria, en el fondo de su alma, reprobaba las sectas masónicas, por su misterio y por su accion invisible, y à la que asumió el título de escocesa, la detestaba ya profundamente, por la clase de personas de que se componia, por la

influencia en ella del Sr. Bravo, á quien estimaba como su rival, por la tenaz oposicion que hacia á los actos de su gobierno. Cuando se le propuso el pensamiento de Zavala, se alarmó estraordinariamente, y llamó á consulta á sus ministros, porque era su costumbre no resolver nada sin oirlos. El Sr. Pedraza, inscrito desde el año de 1821 en la sociedad escocesa, se opuso esforzadamente á la creacion de la nueva; Llave y Esteva se esplicaron con indiferencia; Camacho secundó la opinion del Sr. Pedraza; y solamente el Sr. oficial mayor D. Miguel Ramos Arizpe apoyó con singular vigor que se tolerara la nueva secta, en la cual fundaba esperanzas, que juzgaba ser las únicas, de la destruccion de su contraria. Los términos medios eran muy del agrado del presidente, y vino á convenir en esto, á pesar de que Tornel le manifestó que habiendo pertenecido á la masonería escocesa conocia muy de cerca que semejantes asociaciones, aun cuando se pronuncien como adictas á los gobiernos, comieuzan por entorpecer su accion, y acaban por sojuzgarlos. El tiempo se encargó de confirmar la esactitud de este vaticinio.

De acuerdo los Sres. Zavala, Poinsett y Ramos Arizpe en el proyecto de letéreo de organizar la secta, fundaron cinco logias, cuidando de que se nombrara venerable de la que llevaba el número cuatro, al ministro Esteva. Este no lo resistió, porque receloso del prestigio que ganaria Ramos Arizpe, si se le dejaba solo en la cofradía política, le pareció lo mas acertado abandonarse al torrente y figurar como caudillo. Zavala procuró que se eligiera gran maestro al ministro de hacienda, con el fin de que el gobierno se identificara con la sociedad y de que sirviera á sus fines, todavia algo encubiertos. Como Esteva era el que mas tenía que dar y justamente se le consideraba como árbitro de la voluntad del presidente, las circunstancias de hallarse á la cabeza del rito de York, cooperó mas que otra alguna, á difundirlo con asombrosa rapidez en toda la estension de la república.

Generales de mucho crédito por sus antiguos servicios, militares de todas clases, eclesiásticos en no pequeño número, diputados, senadores, empleados de diversas categorías, innumerables ciudadanos, se alistaron en una bandera que se decia ser, la de la independencia, de la federacion y del gobierno. Varias logias escocesas y bastantes individuos de otras fueron á engrosar las filas de la nueva secta, que brillaba con el esplendor de un sol que nace y con toda la popularidad que otorga el poder cuando protege.

Así es no mas como puede esplicarse que el rito de York multiplicara sus prosélitos, hasta el extremo de dominar en el congreso general, especialmente en la cámara de diputados, en las legislaturas de los Estados, en sus gobiernos, en los cuerpos del ejército y en la mayor parte de las autoridades civiles y políticas. Su abierta pugna con la desconceptuada sociedad escocesa, contribuyó en no poco á su crecimiento: y si tales y tan funestas consecuencias hubieran meditado los que para curar un mal, inventaron otro no menos pernicioso, hu-

bieran disuelto á la sociedad que existía, léjos de cometer el error de autorizar la aparicion de una nueva su rival.

Mas era preciso que México, que tan buenas cosas podia imitar del mundo antiguo, comenzara por apropiarse las prácticas mas absurdas, sin omitir las que allá mayores desgracias causaron y que se nos han trasmitido por las páginas mas luctuosas de su historia. ¿Quién ignora que los clubs secretos mas de siglo y medio hace que mantienen en perpetua inquietud á la Italia y que han originado en ella todas sus revoluciones? ¿Quién no es sabedor de que ellos desnaturalizaron la revolucion de Francia y la mancharon con los delitos mas espantosos? ¿Quién puede olvidar, que la libertad conquistada para España por el movimiento ed 1820, se perdió por los inauditos desórdenes, abusos y tropelías de los masones y comuneros? Sociedades que se decoran con títulos de beneficencia para seducir á los corazones sensibles, que se anuncian con un carácter misterioso para engañar á los ignorantes y sencillos, que usan de frases confusas para que el vulgo no las comprenda ó las admire, son en realidad sociedades conspiradoras, enemigas de todo orden y de todo gobierno, y aun del género humano porque lo arrastran á cometer todos los crímenes, y porque son verdaderamente el instrumento mas poderoso para sembrar la anarquía en las naciones, y para volverla perdurable.

Mas los candorosos mexicanos, inespertos en su conducta social y poco previosores de los males que no estuvo en su ánimo causar á su patria, entraron en la moda, porque mucho tiempo lo fueron las sociedades secretas, así como las cruzadas en ciertas épocas, segun observó el Sr. Gomez Pedraza en uno de sus escritos. El ahinco de hacer triunfar tal ó tal opinion política, el deseo de figurar, el apetito desordenado de obtener empleos honrosos ó lucrativos, fomentaron y mantuvieron esas sectas, que no han desaparecido sin dejar en pos de sí amargas memorias.

El gobierno que habia creído desembarazarse de la cosijosa influencia de los escoceses, oponiéndoles la turbulenta accion de los yorkinos, quedó al arbitrio de unos y de otros, rebajándose de momento en momento el prestigio de su autoridad y el benéfico poder de las leyes. El gabinete se convirtió en un campo de Agramante, y ni podia suceder otra cosa, supuesto que un ministro era cabeza de una secta y otro de otra, inclinando alternativamente al presidente á favor de sus respectivos partidarios. ¿Cómo así habia de ser posible un gobierno respetado y espedito para sobreponerse á la situacion? El general Victoria lamentaba con dura espresion el error á que se le habia inducido; pero era ya tardío su arrepentimiento, porque los partidos habian robustecido sus fuerzas, mientras se les toleró y favoreció, y el gobierno anulado por su indiscrecion y por su propia voluntad, era ya muy débil para contrarestar los avances de las sociedades secretas, perfectamente organizadas. Mas adelante se verá que acarrearón al país dos revoluciones muy desastrosas, que enconaron los ánimos de

antemano divididos, que corrompieron las costumbres de todas las clases, que dieron al traste con la disciplina del ejército y convirtieron en una farsa al poder electoral. Los actos de este para constituir los congresos general y particulares para el año de 1827, fueron otros tantos alborotos, en que se violaron escandalosamente las leyes de la federacion y de los Estados. En el senado, los señores Molinos del Campo, Martinez (D. Florentino) y Ceballos, pretendieron que se espidiera una ley prohibiendo las sociedades secretas; pensamiento que mas provechoso hubiera sido cuando ecsistia una sola, y que el gobierno por el órgano de su ministro el Sr. D. Juan José Espinosa de los Monteros, apoyó muy débilmente, porque vacilaba entre contrapuestos afectos y por el temor de las consecuencias de cualquiera de los extremos que se adoptaran. Felizmente las sociedades masónicas han caido para no aparecer jamás: los ciudadanos honrados que entraron en ellas con buenos, aunque errados fines, las detestan por sus propios desengaños, y no volverán à esponer à su país à grandes males por el falso prestigio de una novedad peligrosa.

Se ha atribuido al libertador de Colombia Simon Bolívar, la gloria de haber concebido el importante designio de reunir un congreso de las naciones americanas, à semejanza de todas las confederaciones, tan célebres en la historia de los antiguos griegos. No puede negarse que este ilustre caudillo de la independencía, mezquinamente aplaudido aun cuando se ensalza su mérito, trabajó empeñosamente en consumir una idea tan digna de sus elevadas miras. Mas la imparcialidad ecsije que se refiera que el primero en recomendar el proyecto, verdaderamente grandioso, fué el coronel D. Bernardo Monteagudo, de temple muy fuerte de alma y compañero de campañas del general D. José San Martín en sus memorables de Chile y del Perú.

Bolívar, apellidado por mas de un título, el Napoleon de la América del Sur, no satisfecho con sus conquistas y apeteciendo, si no mas ensanche de poder, al ménos de autoridad y de influencia en los negocios de las Américas emancipadas, invitó à sus gobiernos para la reunion del congreso, en la ciudad de Panamá. El de Buenos-Aires no se prestó, por zelos y rivalidades que aun se conservan bajo la potente dictadura de Rosas, y sí convinieron los de México, Centro-América y del Perú, que, como Colombia, obedecia las inspiraciones del libertador. La Inglaterra y los Estados-Unidos procuraron que se les invitara y aun eligieron sus ministros: los nombrados por México fueron el Sr. general D. Mariano Michelena, que habia regresado de Lóndres; el Sr. Lic. D. José Dominguez Manzo, ameritado compañero del Sr. Iturbide en su campaña prodigiosa de siete meses; y el Sr. Lic. D. José Basilio Guerra, como secretario. Reuniéronse, en fin, y celebraron tratados de alianza públicos, con algunos artículos secretos, cuyo objeto casi esclusivo fué la liga de las naciones americanas para una comun defensa, en el caso eventual de que España por sí sola, ò auxiliada por las potencias de la santa alianza, tan empeñadas en hacer prevalecer

en todo el mundo el principio absoluto y el de legitimidad, intentara subyugar à las colonias independientes por medio de la fuerza. El congreso no se ocupó de otras cuestiones elevadas y de interes permanente, y satisfecho de sus trabajos, se emplazó para continuarlos en el pueblo de Tacubaya, para aguardar las respectivas ratificaciones. Como ya asomaba una violenta oposicion à los actos del gobierno de Bolívar, se presumió entónces que los plenipotenciarios escogieron à México para continuar sus sesiones, inducidos por el temor de no poder obrar con entera libertad en un lugar à donde alcanzara el prestigio del imperioso soldado.

Como en Europa estaban en moda los congresos por aquel tiempo, y como en ellos se habian arreglado definitivamente los mas graves negocios de su continente, sofocando todos los disturbios y restableciendo la paz, se juzgó que el congreso de Panamá era una cosa de no pequeña importancia, à lo cual no poco contribuyeron los escritos del antiguo arzobispo de Malinas Mr. D'Pradt. Y no solamente los hombres vulgares, sino hasta los hombres eminentes de estado, concibieron igual idea; lo que bien prueba el que la Gran-Bretaña se apresuró à nombrar su representante; ejemplo que imitaron los Estados-Unidos, estimulado su gobierno por la opinion, y por obras muy formales, en que se recomendó que observara con ojo atento los designios de las repúblicas sud-americanas.

En México se juntaron: los Sres. D. Pedro Gual y D. Miguel Santa-María, enviados de Colombia; los Sres. Sergeant y Poinsett, de los Estados-Unidos; el Sr. Larrazabal, quien tan buenas memorias dejó en las còrtes españolas; y el Sr. Mayorga, por la república de Centro-América, y los Sres. Michelena y Dominguez por la nuestra. Los dos últimos, eran merecedores de la alta distincion con que los favoreció su patria, porque el primero intentó desde el año de 1809 la independencía de México, acarreándole su patriótica conducta duras prisiones y un destierro, y el segundo, dotado de dulces sentimientos y de finos modales, acompañò muy inmediatamente al Sr. Iturbide en los faustos siete meses, cabiéndole no insignificante parte en su venturoso resultado. ¡Y este buen mexicano ha muerto en el destierro!!!

Los representantes mencionados, que no lo eran de todas las naciones americanas, aguardaron largo tiempo que sus respectivos gobiernos ratificaran los tratados celebrados en Panamá, y como tal caso nunca llegó, se marcharon los mas, sin que haya podido averiguarse si tomaron por sí solos esta resolucion, ó si recibieron órdenes para el efecto. El gobierno de México no pudo recabar de la càmara de diputados, à pesar de extraordinarios esfuerzos del Sr. Espinosa de los Monteros, que aprobara las negociaciones, tropezando ella, entre otras dificultades, con la muy grave de que un artículo secreto del tratado destruia, ò reducía à nulidad, la mayor parte de sus estipulaciones. Como los artículos secretos de los tratados, por esperiencia muy antigua, no lo son sino nominal-

mente, temieron los representantes caer en el ridículo si prestaban su sancion á uno que era bajo todos aspectos nugatorio.

Tal y tan menguado fué el paradero de un congreso que habia atraído sobre sí las miradas del mundo civilizado, en aquellos felices tiempos en que tantas ilusiones, à cuales mas risueñas, favorecieron á la emancipacion completa de las Américas. ¿Cuál es la mano enemiga que tuerce sus destinos y disipa sus mejores esperanzas, con tanta fuerza como la que emplea el aquilon para dispersar las nubes? Este es un fenómeno que apenas puede explicarse por conjeturas, pero que encierra una triste realidad. En el congreso pudo haberse provisto, no solamente á la combinacion de todos los recursos para continuar la guerra con España mientras su rey se mantuviera en su característica obstinacion, sino tambien à necesidades mas cercanas, fundando un derecho, á que algunos llaman sistema americano, para que se prestaran garantías recíprocas las nuevas naciones, terminándose amigablemente sus diferencias, à fin de que jamas apareciera el escàndalo de que se pusieran en guerra abierta como tantas veces se han puesto, debilitándose entre sí mismas, y revelando al mundo que jamas llegarían á hacerse respetables, en lo que mas respetables son las naciones, que es en su union y en su fuerza.

Desgraciado Bolívar, y habiendo perdido su prestigio aun ántes de su fallecimiento, el Alto y el Bajo Perú, que formaban dos repúblicas independientes, cesaron de obrar bajo la influencia del libertador, y frecuentemente se han empeñado en escandalosas contiendas. La república de Colombia, tan considerada cuando llevaba este noble título, se dividió en tres fracciones para constituir otras tantas repúblicas, la de Nueva-Granada, la de Venezuela y la del Ecuador, que han luchado por zelos y rivalidades acaso muy mezquinas. Centro-América, despues de una sangrienta y prolongada guerra civil, en que se cometieron horrores de todas clases, dejó de ecsistir como nacion, para constituir tantas cuantas eran las antiguas provincias, que se combaten sin tregua, por insignificantes motivos. El Perú y Chile han cambiado de campo para derramar sin piedad la sangre de sus hijos. La república Argentina y la que recibe su nombre del rio Uruguay, por algunos años se han destrozado y se continúan aún destrozando, con la alarmante circunstancia de que dos naciones poderosas de Europa, la Francia y la Inglaterra, hayan tomado parte en sus querellas; lo que hubiera originado gravísimos peligros á la causa general de la América, si el impertèrrito Rosas no hubiera avasallado los acontecimientos, con una firmeza y con una constancia, verdaderamente heróicas. En los años de 1829, de 1838 y de 1846, ha peleado la nacion mexicana con España, con Francia y con los Estados-Unidos, por sí sola, sin el acsilio, sin el apoyo de sus hermanas y aun sin que estas le espresaran la menor simpatía. ¿Quién pudiera imaginar, que habiendo conservado las colonias españolas tan perfecta union en los tres siglos que duró el dominio de Castilla sobre ellas, lo sacudieran para entregarse à perpétuas y ominosas discordias?

La suerte infausta y dolorosa de México en su última guerra con la república vecina, habla demasiado recio para que las naciones americanas no despierten del letargo en que yacen por obedecer à pasiones egoistas y que están comprometiendo su ser político. En las repúblicas antiguas y en las naciones modernas del continente europeo, han apelado, y apelan á los congresos, no solamente para atender á sus conflictos, sino tambien para prevenirlos. Mediten seriamente esta verdades los hombres à quienes se hallan encomendados el presente y el porvenir de la parte mas bella del universo; y medítenlas especialmente los que en México gobiernan, porque sus necesidades son, por desgracia, tan grandes como sus riesgos.

El primer congreso mexicano reconoció por su decreto de 29 de Abril de 1822, la independenciam de la república de Colombia, como si los hechos consumados necesitaran de semejante requisito. En los primeros tiempos de nuestra emancipacion, numerábamnos entre los sucesos mas pròsperos, el que alguna de las potencias antiguas, diera muestras de querer relacionarse con nosotros, como si ellas no obraran por su propio interes mercantil ó político. Si el emperador negro Soulouque consigue que su imperio dure un año mas, puede estar seguro de que será reconocido su gobierno por cuantas naciones esporten con ventaja los azúcares, el tabaco y el café de Hayti.

Despues de aquel paso que se juzgó preliminar, celebró el Sr. D. Lucas Alman como plenipotenciario de México, en 3 de Octubre de 1823, un tratado de confederacion y alianza con el Sr. D. Miguel Santa-María, que lo era de la república de Colombia, habiendo sido ratificado en 2 de Diciembre del mismo año.

Las estipulaciones de este tratado fueron las que se tuvieron presentes para la reunion del congreso de Panamá, por estar así acordado en sus artículos 12 y 15. No se hace gracia alguna á los ministros que en él intervinieron, reconociendo el tino y prevision con que afianzaron los derechos de sus comitentes.

Sabido es que el Sr. D. Miguel Santa-María, à quien colocaba la república de Colombia entre sus primeras notabilidades, en la época en que produjo su revolucion hombres de estado muy esclarecidos, nació en la ciudad de Veracruz, de una familia decente, à la cual honró tanto como á México, con su saber y con su sobresaliente ingenio.

En el colegio de San Juan de Letran de esta capital, hizo Santa-María sus estudios, descubriendo muy breve los gigantescos talentos, que tanto brillaron en el curso de su vida política. En Europa y en América viajó con varia, y no pocas veces, adversa fortuna, distinguiéndose siempre por su fervoroso anhelo de ver triunfante á la independenciam americana. En Colombia, á donde fué à ofrecer sus valiosos servicios, en dias sobradamente angustiados, atrajo sobre sí la atencion de un hombre tan penetrativo como Bolívar, y le dispensó toda su confianza. En el congreso reunido en Rosario de Cucuta, acreditó su esperien-